
CAPITULO XLII.

BAUER Y DAUMER.

A la escuela neo-hegeliana pertenecen también Bauer y Daumer, aunque el uno la haya desmentido en sus aplicaciones políticas, y el otro la haya abandonado por un falso y engañoso misticismo. Bruno Bauer pasa por todas las transformaciones del genio germánico en su tiempo; primero es teólogo; más tarde hegeliano de la extrema derecha; y, por último, hegeliano de la extrema izquierda. La crítica evangélica fué objeto preferente de sus investigaciones, y en la crítica evangélica pretendió corregir y completar á Strauss. La vida sobrenatural de Jesús; los milagros que le acompañaron en tanto número; las leyendas que á su alrededor nacieron con tanta fuerza, no se deben, según él, á las primitivas sociedades cristianas, seres impersonales, sino á la fantasía misma de los evangelistas. En su sentir nada hay de propio, de original en las enseñanzas morales del Cristianismo, en las mismas ideas del sermón de la Montaña; la originalidad evangélica está en los mitos y en las narraciones de hechos sobrenaturales y maravillosos. San Marcos ha escrito la vida

de Jesús, inspirándose puramente en su fantasía, y los demás evangelistas le han copiado, y han seguido la línea que él trazara. A esta corriente de ideas, que separa las dos grandes edades de la historia humana; á esta transformación de la conciencia alzada desde el sensualismo á la pura contemplación de lo infinito, no les encuentra más orígenes que engaños y falsías de los teólogos, credulidad y supersticiones de los pueblos. La irritación de su carácter, la destemplanza de su estilo, el furor de su guerra y de su cólera le trajeron muchos enemigos, y sus enemigos le expulsaron de su cátedra. Desde este día, en que un nuevo inútil atentado se cometió en Alemania contra la libertad del pensamiento, no tuvo su orgullo límites, ni tregua la explosión incesante de su cólera, expresada con la violencia y á veces con las groserías propias de las disputas entre los antiguos frailes y teólogos.

En sus obras, que son numerosísimas, defiende con ahinco las libertades modernas; pero comete por saña trascendentales erro-

res, y cae, como tomado de vértigo, en grandes inconsecuencias. Bien es verdad que hasta la libre y republicana Suiza recogió su obra *El Cristianismo desenmascarado*, y lo puso por consecuencia en la imposibilidad que más encoleriza á un escritor, en la imposibilidad material de publicar sus ideas. Pero todas estas desgracias de que ha sido víctima no explican los errores de que ha sido reo. Error grande combatir, denostar á los mayores profetas, á los mayores filósofos, á los mayores tribunos del nuevo mundo social, por parecerle cosa liviana y baladí toda obra que no sea su propia crítica de los Evangelios; error grande oponerse con espíritu estrecho y rencoroso á una de las principales obras del moderno liberalismo, á la emancipación de los judíos; error grande no ver en las ideas, en los sistemas, en las investigaciones de la docta Alemania más que detritus orgánicos, montones de estiércol para abonar las tierras, según él, de lo porvenir, las estepas rusas; error grande rebajar el movimiento liberal con críticas amargas, porque no provenía de un principio claro, fijo, y luego extasiarse ante la última guerra y sus victorias, que elevan á la categoría de un principio la fuerza bruta, y abren nuevamente el período nefasto de las conquistas en la vida de los modernos pueblos.

Merece atenderse á la especial manera que tuvo Bruno Bauer de combatir la emancipación de los judíos, porque se relaciona estrechamente con su sentido político. Los judíos, dice, piden para sí una libertad especial, una libertad propia, una libertad egoísta. Debían como hombres pugnar por la emancipación de la humanidad; como alemanes por la emancipación de Alemania; y no como sectarios por la emancipación de su secta, demostrando así que asienten á la ajena servidumbre, puesto que si les desplace el yugo propio, les place el yugo universal. Quieren los judíos que el Estado cristiano se desligue de su criterio de secta, y lo piden

ciegos en nombre de otra secta. Pues ni el Estado cristiano es capaz de emancipar, ni el judío capaz de ser emancipado. Mientras uno y otro continúen adscritos á sus principios fundamentales, uno y otro se encuentran imposibilitados de dar ó recibir la libertad. El Estado cristiano jamás se entenderá con el súbdito judío sino cristianamente, por medio de privilegios; y el judío no puede entenderse con el Estado cristiano sino judíamente, es decir, oponiendo á la nacionalidad verdadera su nacionalidad quimérica, su vieja ley á la ley positiva, separándose de la humanidad; fuera de nuestro movimiento histórico, como miembro de un pueblo disperso y pagado de ser un pueblo aparte, vaso de elección divina, con esperanzas contrarias al destino y al porvenir universal de la humanidad.

¿Qué títulos presentais para pedir vuestra emancipación? Si es vuestra religión, acordaos de su enemiga á la religión del Estado; si es vuestro derecho de ciudadanos, acordaos que en Alemania no hay ni ciudadanos ni derechos; si es vuestra dignidad de hombres, ni vosotros lo sois, ni aquellos á quienes os dirigís. No pueden esperar los judíos ni conceder los cristianos la libertad sino dejando de ser enemigos, y no pueden dejar de ser enemigos, sino dejando de ser cristianos los unos y judíos los otros, y viniendo á considerar sus dos religiones como dos vistosas pieles de esta gran serpiente que la humanidad se ha desceñido y ha dejado frías y abandonadas en su camino. El judío no puede pedir la libertad política mientras conserve sobre la cerviz el yugo religioso, y el Estado cristiano á su vez no puede emancipar si no es emancipado.

Pero Bauer se olvida de que los Estados modernos van admitiendo el principio de que en todo sectario y sobre todo sectario hay un hombre, y que este hombre tiene derecho á la seguridad, es más, á la inviolabilidad de su conciencia. Si aguardamos para emancipar á los hombres á que abandonen sus respec-

tivas creencias, ¿cuándo sonará la hora de la libertad? No creais á los individuos seres ideales ó abstractos. Contad con la realidad, sobre todo en política. Y el hombre, por regla general, es inconsecuente. Y el que cree teóricamente en el fatalismo, y no vé sino impulsos orgánicos, instintos ciegos en el hombre, pide prácticamente su libre autonomía, y combate, y dá la vida por esa misma idea del derecho que no ha entrado en su conciencia. Decís que los pueblos cristianos son radicalmente incapaces de emancipar y de emanciparse. No negaremos su título de cristianos á los Estados-Unidos, pues han emancipado desde sus judíos hasta sus negros, sin aguardar, como un filósofo germánico, á que cambiaran las creencias para romper las cadenas.

El Estado es político y no es teológico. Y como es político, no tiene que preguntarle al hombre para admitirle, ó el símbolo de su fé, ó la partida de bautismo, sino su título de ciudadanía. Estados que han sido emancipados políticamente, no han abandonado su fé religiosa. Al contrario, los pueblos que abandonan un ideal sin sustituirle otro ideal más sublime, caen pronto de la orgía en la servidumbre. Si las religiones tienen principios contrarios á las ideas fundamentales de un pueblo libre, déjense esos principios como asunto de la conciencia individual, y su práctica como asunto de la vida privada. El Estado no debe ser más que el áncora fortísima de la libertad y del derecho de todos. El hogar es el individuo, pero el Estado es la especie; y como es la especie, asegura la libertad general. Pero llega á esta seguridad por evoluciones sucesivas; y cuando plantea un principio, plantea una série de principios; y cuando consagra una libertad, consagra con ella también todas las libertades que se extienden, se dilatan por su propia virtud, allí donde cualquiera de ellas aparece. Comenzar á romper las cadenas del judío, es comenzar á romper las cadenas de todos los hombres. La mayoría de los americanos es religiosa; pero el Estado

americano jamás se mezcla en la religión. ¿Quién será insensato hasta el punto de sostener que no debía haberse realizado esta reforma en la gran República hasta que todos sus ciudadanos hubieran tenido de la Biblia y del Evangelio el mismo concepto que tienen Bruno Bauer y los hegelianos de la extrema izquierda? El hombre se emancipa á sí mismo y emancipa al Estado cuando alcanza que una idea religiosa deje de ser como precedente necesario, como título indispensable para entrar en todas las profesiones y carreras, para vivir en ese Estado. Fué grande adelanto la paz de Westphalia que cerró las guerras de religión entre los Estados; y mayor adelanto aún los Códigos modernos que consagraron el principio de libertad religiosa para todos los ciudadanos. Ya el Estado no es el lazo que une católicos con católicos, protestantes con protestantes, judíos con judíos, sino ciudadanos con ciudadanos, familias humanas con familias humanas, prescindiendo absolutamente de su religión y de su culto.

Será una inconsecuencia que el judío ó el católico, teniendo la servidumbre religiosa, pidan la libertad política; pero estas inconsecuencias salvan al mundo. Será incomprendible que un judío pida su emancipación; pero es más incomprendible todavía que un filósofo se la niegue.

El deseo de decir ideas originales por nadie antes pensadas, lleva muchas veces á estos jóvenes hegelianos á decir en realidad grandes extravagancias. Así, Daumer, después de haber sido un panteísta asiático en sus comienzos; un reconstructor de la geografía sagrada, poniendo el paraíso en las islas de la Polinesia, y llamando á Adam, por la etimología de su nombre, el de raza roja; un crítico severo de las tradiciones bíblicas, que identifica Jehová con el Moloch de los fenicios; un enemigo de Jesús, al cual atribuye espíritu reaccionario en sus doctrinas y abyectas ceremonias en su culto; un abogado de Judas, en cuya traición cree ver el justo

hórror á los misterios cristianos; un apologista del mahometismo, por su idea de la unidad de Dios y por los goces reservados á los creyentes en otra vida de delicias; un traductor de Hafis y de sus voluptuosos versos, con los cuales se embriaga y enloquece; un profeta de futuras religiones sensualistas, dignas del paganismo, que rehabilitarán la carne y prescribirán el goce; despues de haber pasado, como el sátiro antiguo, por toda la historia, do quier ha oido resonar la carcajada del placer, el ósculo del amor, la música del festin, la orgía de los sentidos, oye la nota mística del órgano en la catedral gótica, aspira

el aroma del incienso, vé la Virgen madre alzada sobre las áureas alas de los ángeles, con la mirada extática, el corazon rebotando amor, en el santuario perfumado de aromas, ceñido de flores, resplandeciente de místicas luminarias, y cae á los piés de aquellas aras, y recita las letanías, y recibe el agua del bautismo, y canta la Salve y el *Ave Maris Stella* con el entusiasmo de Lamartine ó de Chateaubriand; y al cabo, en esta conversion, como en todas sus anteriores extravagancias, no hay más que desenfrenado culto de sí mismo, y rebusco incesante de gratas emociones.

CAPITULO XLIII.

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL NEO-HEGELIANISMO.

Declaremos, despues de apuntar estas extravagancias, que la escuela neo-hegeliana tiene prestados mayores servicios en la esfera política y social que en la esfera filosófica y religiosa. Pero estos servicios serán reconocidos y apuntados en otras secciones de nuestra obra, en las secciones en que tratemos puramente de las fases por que ha pasado la política alemana, y de la influencia que ha tenido el partido republicano. Hoy debemos limitarnos al movimiento religioso, que á la verdad ha informado y hasta cierto punto producido el movimiento político. Y en la esfera religiosa muchas de las exageraciones neo-hegelianas se explican, parte por la filosofía ultra-racionalista de la escuela, parte por su empeño en libertar de una vez, de un golpe, todo el hombre, así de las cadenas ceñidas á su naturaleza social, como de las cadenas ceñidas á su naturaleza interior.

Peleaban contra la sociedad cristiana con el mismo ardor que los cristianos empleaban justamente en pelear contra la sociedad antigua. Toda idea nueva es injusta con la idea

que la ha precedido; y aparece como una protesta radical é intransigente en la vida y en la historia. Los cristianos pensaron redimir el alma, y se curaron poco de la política y del Estado, á la manera de muchos republicanos modernos, que se curan mucho de la política, del Estado, y poco de la religion y del alma. Los neo-hegelianos querian librar las conciencias de supersticiones, y la política de reyes; el entendimiento de ideas abstrusas y el suelo de instituciones viejas; la razon de la antigua metafísica y la sociedad de la antigua política, ignorando que esta gran síntesis no puede ser llevada á término por una sola generacion ni por un solo partido.

Los enciclopedistas y los convencionales son fases de una misma idea; pero ni aquellos hubieran podido consumir la obra de la revolucion, perdidos en las alturas de su ciencia, ni estos difundir un sistema, azotados por las ráfagas de la tempestad. Los puritanos que salieron de las escuelas de Ginebra y de Holanda son verdaderamente los fundadores de la libertad y de la República